

Rafael Merino Aguilar

Cada vez que inicio la lectura de una nueva novela, se alza en mi espíritu la eterna interrogación acerca de los fines de este género en el que, según algunos, caben todos los géneros.

¿Debe, la novela, representar realidades, debe hacernos olvidar la vida, iluminarnos esa misma vida o ser una aproximación de la realidad?

¿Podrá ser tildada de romántica esta obra de Rafael Merino Aguilar? ¿Sigue el ritmo de la vida social? ¿Lo recibe todo de la realidad o se anticipa a ella queriendo explicarla, al crear un orden de aspectos psicológicos?

En ella encuentro realidad. Al mismo tiempo hay en ella anhelo que tiene hacia algo mejor. Hay descripción a la par de manifestaciones valiosas de una imaginación viva que sabe reconocer, aprobar y comprender cuanto se le presenta.

El romanticismo, ¿cuál época no ha sufrido su influencia mediata o inmediata?, ha reflejado siempre una firme creencia en el poder absoluto del espíritu humano que, en todo momento, logra enfrentarse a lo implacable de la naturaleza y vencerla en todo la línea.

De esa firme fe nacen los gestos heroicos, los amores ideales. Ese evangelismo que podríamos llamar romántico, que está en el fondo mismo de otras escuelas que parecieran desearlo.

El romanticismo idealiza, en su esfuerzo humano, las angustias propias y las ajenas, en medio de una realidad que parece vulgar ya la que, a fuerza de describirla con ojos ansiosos de perfección logran idealizar también.

En el núcleo vigoroso del naturalismo he hallado esa misma creencia en fuerzas que no logra explicar sino a base de imaginación. Las románticas profundidades que el padre único del naturalismo adivinaba en el fondo de su espíritu y que confesaba no conocer, llenan en todo momento las páginas de cualquier novela ya que todas ellas pretenden y muchas lo logran, decir la verdad sin perder la esperanza. Luchan sinceramente por conseguir la dicha humana en una tendencia viril hacia la justicia, base única de la paz universal.

¿Decir adiós a los ensueños? Al contrario, soñar cada vez más y cada vez con mayor fe, desando modificar hasta aquello que parece contrario a todo cambio.

Todo rebelde es un gran romántico. Todo romántico es, en lo íntimo, un rebelde.

La causa inexplicable de la realidad es una fuerza. La causa, también inexplicable, de lo ideal es, asimismo, una fuerza. Ambas en su origen, arrancan de una misma fuente. Llega, por diferentes conductos, a un mismo resultado: Provocar una reacción. La vida no es sino el constante fluir de la cosas y de los espíritus. Desde la excitabilidad hasta la reacción que es, si así queremos aceptarlo, una finalidad.

El romanticismo sabe espiritualizar y sublimar sus excitaciones. El realismo, el naturalismo, por caminos que parecen diferentes, logran ese mismo objeto: desarrollar las aptitudes del hombre a fin de que pueda gozar de la vida en la manera más intensa.

Para el espíritu creador el mundo externo, el universo espacial y el mundo interno, el universo temporal, no están separados de un modo absoluto. Se enlazan en todo momento; influyen, el uno en el otro, a cada instante; se fecundan recíprocamente cuando menos es de esperarse.

Por ese motivo, no creo en las divisiones teóricas, superficiales, que dan origen a las llamadas escuelas literarias. Son los mismos elementos manejados en forma diferentes. Al final, conducen a los mismos anhelos de perfección universal.

Ese deseo de perfección explicarse la vida ha llevado a Rafael Merino Aguilar, de verdadera estirpe intelectual. Hacia el estudio de unas almas cuya sensibilidad es de todas las épocas y de todas las latitudes.

Son: el espíritu sensitivo y rebelde de la deliciosa Eugenia y el alma sin dobleces, ni egoísmo de Marcelo.

Hay en Eugenia pasión honda que es preciso acallar. La vida inexorable a todas horas, así lo exige. No puede vivir la propia quimera porque es pobre, porque debe trabajar, de sus fatigas constantes depende la existencia de quienes en ella cifran la esperanza sin compañera.

A veces, creemos que hay coquetería en la delicada doncella. En ocasiones, parece que hay orgullo desmedido en el mancebo. Es que, en la vida de ambos, hay dolor indecible que los satura de altivez y de temor, al mismo tiempo.

Hay detalles maravillosos de índole anímica en la novela de este escritor que se inicia en el género de manera notable. Describe sin dificultad las inquietudes de un alma que es todo un paisaje gris, con profundas melancolías de invierno en las que ya se asoman los matices delicados de una promesa primaveral.

Si la descripción íntima de las almas es serena y cultivadoras, es bello, emocionante el modo como pinta el pueblecito que rememora sus tradiciones de paz de hidalguía en la faldas protectoras de la cordillera ambiciosa.

La vida impone una separación que parece ineludible. Esa misma vida exige una ruptura ingrata, nada necesaria. Ante las dos tiránicas imposiciones, ninguna rebeldía. Al contrario, una completa sumisión que encanta y que desconsuela.

Luego, una enfermedad inexorable, dolorosa. Tras ella, y por causa de ella, el matrimonio de dos espíritus hechos el uno para el otro mientras, traicionera, vigila la segadora incansable de esperanza y de juventudes, que son algo más que esperanzas.

Bello libro que, en todos los momentos, deja ver la impaciencia del autor: en el desarrollo, en los detalles, en el estilo.

Libros que, a pesar de algunos defectos, se impone a la simpatía de quien lo lee y reconoce en él la promesa valiosa de mejores y de más bellas producciones.